Un hombre solo

David Lizandra Ibáñez

Capítulo 1

UN HOMBRE SOLO

Hacía mucho tiempo que caminaba solo, tanto que ya no era capaz de recordar la última vez que lo hizo en compañía.

Todas las mañanas, siempre antes de que el sol asomara sobre los tejados del casco antiguo, con las calles envueltas aún en las brumas de la noche, recorría la cuesta que desde la plaza le llevaba hasta el Arco de la Estrella. Cada día antes de cruzarlo, buscaba a su alrededor alguna compañía que menguara su soledad. Pocas veces se cruzó con alguien y cuando alguna vez lo hizo nadie le saludaba, ni siquiera se dignaban a mirarle. Nunca le importó y durante mucho tiempo siguió saludando con la que fue su alegría habitual. Con el paso del tiempo la indiferencia que le producía se transformó en apatía, y con ella a cuestas dejó de saludar también.

Recordaba con todo detalle cualquier pasaje de su vida, pero por mucho que lo intentara una y mil veces no era capaz de recordar qué había hecho el día anterior, ni siquiera sabía cómo había llegado hasta allí.

Su memoria continuaba en blanco, pero algo le hacía presentir que esa mañana no era como todas las anteriores, algo importante estaba por suceder pero no conseguía recordar qué.

Se quedó de pie frente a la muralla antes de traspasar el umbral del arco, colocó las manos en los bolsillos y muy despacio se dio la vuelta. Le sorprendió ver a una gran multitud en la cuesta por la que había llegado hasta allí. Todos permanecían en total y absoluto silencio, no se oían respiraciones, ni toses, ni murmullos.

Sus manos encontraron algo en el fondo de uno de los bolsillos, era un papel. Lo sacó, lo atusó contra su pierna para quitarle las arrugas y lo miró. Reconoció su letra, era él quién lo había escrito.

Leyó en voz alta — Por fin he recordado todo y lo anoto en este papel para no volver a olvidarlo. He recordado cuando enfermé, como mi cuerpo se fue consumiendo por dentro y por fuera, recordé el inmenso dolor y el sufrimiento de mis familiares. He recordado que estoy muerto y que debo partir de aquí.

Arrugó el papel en su mano y lo dejó caer. Miró a la multitud. Todos le sonreían. Todos los cuerpos se fueron disipando frente a sus ojos como si estuvieran hechos de bruma. Levantó sus manos que también se disipaban. A través de ellas pudo ver al final de las escaleras, los soportales de la plaza, los toldos de las cafeterías, hasta que todo se fue desvaneciendo. Esa imagen de su ciudad iba a ser lo último que vieran sus

ojos.

Un golpe de viento arrastró un papel rrugado lejos del Arco de la Estrella. Había encontrado el camino.